







*Alonso de  
Barzana*

El viejo Alonso se acercaba a la ciudad de Cusco. Agotado por el largo viaje, por su avanzada edad y por la agravada enfermedad, deseaba por fin descansar un poco. Estamos en septiembre de 1597. Hace unos días ha podido celebrar, con afecto filial y devoción sensible, la fiesta de la Natividad de la Virgen María. Hoy hace memoria de San Juan Crisóstomo, insigne predicador clásico que ha acompañado a Alonso de Barzana, gran predicador moderno, en sus ministerios de la palabra, ayudándole con su ejemplo e intercesión. Por su edad, Alonso intuye que va a ser su última estancia en la ciudad imperial incaica. Pero no sabía que su proyectado viaje a Lima quedaría inconcluso.

Siente el P. Barzana la emoción de regresar a su querida ciudad cusqueña, que había pisado por primera vez veinticinco años atrás. Quiere reencontrarse con los compañeros jesuitas. Tiene curiosidad por conocer la nueva casa y, sobre todo, el templo, que se consagró cuatro años atrás. La iglesia se había construido sobre los terrenos del antiguo Amarucancho, palacio del Inca Huayna Cápac, en la plaza mayor del gran Qosqo. Los terrenos de este palacio habían sido concedidos a Hernando Pizarro, y pasó a los jesuitas en 1571, estando allí Alonso de Barzana. La construcción se inició hacia 1578, pero para entonces Alonso ya había marchado hacia Juli y Arequipa. ¿Cómo sería el templo de la Compañía?, se preguntaba el misionero. Siglos después, el antropólogo José María Arguedas, en su novela *Los ríos profundos*, diría que los jesuitas hicieron el templo de la Compañía como expresión de una nueva y benévola religión, pues ellos “representan el mundo y la salvación”. Alonso de Barzana habría sonreído al escuchar esas palabras. El mundo y la salvación...

## *1. Las lágrimas: los afectos del misionero*

Durante el camino, el cielo estaba gris. A la altura de Urcos, cuando la trocha se separa del río Vilcanota —esto es, a unos cincuenta kilómetros de Cusco—, la lluvia hizo su aparición y ya no abandonó a la comitiva. Alonso pensó que el ambiente exterior sintonizaba con sus sentimientos más íntimos, marcados por una nostalgia sosegada. Así, sin darse cuenta, sus recuerdos y sus lágrimas se mezclaron con el agua de la lluvia, que caía del cielo, suave y fecunda.

Recordó Alonso cuando tuvo que salir del Cusco, en 1577, camino de Juli (Puno). Los jesuitas habían decidido, en la Congregación Provincial del año anterior, asumir una nueva doctrina de indios en Juli, a orillas del lago Titicaca, y Alonso fue uno de los destinados para marchar allá. El periodo anterior había trabajado incansablemente con los indios del Cusco, que “se opusieron obstinadamente a su salida”. Este gesto de aprecio y cariño le llegó muy dentro del corazón. Algunos de los aguerridos campesinos derramaron lágrimas, pero Alonso se mantuvo sobrio. Ahora, veinte años después, nota cómo se reblandece el corazón, se humedecen sus ojos y se empapan las mejillas. No es la lluvia.

Tampoco pudo permanecer mucho tiempo en Juli, ya que, a mediados de 1578, Alonso fue enviado a Arequipa, para hacerse cargo de la fundación del nuevo colegio jesuita en la ciudad blanca. Dicen las crónicas que los indios aimaras de Juli “no cesaron de llorar en toda la tarde”. Tampoco es la lluvia lo que humedece el recuerdo ahora. Resuena el profeta Isaías: “Como la lluvia y la nieve caen del cielo y sólo regresan allí después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, así será la Palabra que sale de mi boca, no regresará a mí vacía, sino que cumplirá mi voluntad y llevará a cabo mi encargo” (Is 55, 10-11). Sí, ciertamente, el viejo Alonso de Barzana puede dar

fe de que esta palabra se ha cumplido en su vida y en la de muchas comunidades cristianas quechuas y aimaras que él ayudó a impulsar.

Las lágrimas que brotan hoy, suaves y agradecidas, expresan un compromiso inquebrantable durante décadas. En una carta del propio Alonso, escrita en 1593, el misionero resume su vida “*en una palabra*” diciendo que “*vine con deseo de España de tornarme indio, y he salido con ello*”, es decir, lo he logrado. Pocos meses después de su muerte, una crónica indica que Alonso de Barzana nunca quiso asumir responsabilidades “que le llevase algún tiempo, por no quitarlo a los indios a quien él amaba tiernamente”. Sin duda, toda la vida de Alonso en América estuvo volcada al servicio de los pueblos indígenas, a los que se entregó en cuerpo y alma para anunciarles gratuitamente la Buena Noticia.

El servicio y la entrega son indudables, como veremos a lo largo de estas páginas. Pero, al mismo tiempo, hay que destacar la cercanía, el amor, la ternura y la amistad que sintió Alonso de Barzana por el pueblo y las gentes con quien vivía y por quienes trabajaba. Ya desde sus tiempos de noviciado, había leído y meditado muchas veces una carta de San Ignacio de Loyola, dirigida en 1547 a los jesuitas de Padua (Italia), en la que recordaba que “la amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eterno”. Muchas más veces lo pudo experimentar en su vida concreta a lo largo y ancho del Virreinato del Perú. Son palabras que evocan otras del conocido teólogo peruano Gustavo Gutiérrez, en los primeros lances del siglo XXI: “No hay auténtica opción por el pobre si no hay amistad con el pobre”.

Por su parte, el Tercer Concilio Limense, que bien conocía Alonso de Barzana, decretó en 1583 que los misioneros asumieran como principal tarea “mostrar un paternal afecto y cuidado” por los indios, tratándolos “como a hombres libres” que son. Por ello, a los sacerdotes el Concilio “manda muy de veras que se acuerden que son pastores y no carniceros, y que como a hijos los han de sustentar y abrigar en el seno de la caridad cristiana”. Alonso supo vivir todo esto en un grado eximio. Por eso, sus lágrimas ahora son de afecto y gratitud, no de tristeza o melancolía. Muchos indígenas –quechuas, aimaras, puquinas o guaraníes– podrían compartir ese sentimiento

y dar fe de esta realidad, en territorios hoy pertenecientes al Perú, Bolivia, Argentina o Paraguay.

Como ha dicho el papa Francisco, muchas veces “son las lágrimas las que pueden darle paso a la transformación, son las lágrimas las que pueden ablandar el corazón, son las lágrimas las que pueden purificar la mirada”. Expresiones similares empleó el Papa en la isla de Lampedusa (Italia) y en Ciudad Juárez (México), solidarizándose con los inmigrantes, pero igualmente se aplica a la realidad sufriente de los pueblos indígenas. En definitiva, las lágrimas son expresión de la misericordia y “la misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia”, como también afirmó el papa Francisco al convocar el Año Santo de la Misericordia, en 2015.

No puede extrañar, viendo el recorrido de la vida de Alonso de Barzana que, cuando llegó a Cusco en septiembre de 1597, “fue recibido en esta ciudad con muchas lágrimas y consuelo de españoles e indios”. Y cuando falleció unos pocos meses después, “los indios se juntaron y fue extraordinario el sentimiento y lágrimas con que hicieron sus obsequias”.

*¿Cómo incorporo los afectos a mi compromiso pastoral y a mi vida de Iglesia? ¿Cómo puedo crecer en la “amistad con los más pobres”?*



## 2. *Los deseos: el motor interno del apóstol*

A estas alturas de su vida, Alonso siente cómo el corazón le lleva a echar la vista atrás. Por algún motivo, al entrar en Cusco recuerda su entrada en la ciudad de Sevilla, allá por el año 1565, para empezar el noviciado como jesuita. No había pasado ni una semana, cuando el Padre Maestro Francisco Vázquez le planteó las cuestiones básicas que se proponen a todos los novicios y que están recogidas en el libro del Examen general. No es, ni mucho menos, un examen académico ni tampoco un cuestionario formalista. Son interpelaciones profundas y radicales. Alonso recuerda bien una de ellas, cuando le preguntaron si quería “admitir y **desear** con todas las fuerzas posibles cuanto Cristo ha amado y abrazado”. Es decir, si deseaba y amaba “parecer e imitar en alguna manera a nuestro Criador y Señor Jesucristo, vistiéndose de su vestidura y librea” de suma pobreza. “Por tanto –sigue diciendo el texto– sea interrogado si se halla en los tales **deseos**, tan saludables y fructíferos para la perfección de su ánima” (Constituciones de la Compañía de Jesús, n. 101).

¡Cómo vibraba el corazón de Alonso al escuchar esas cuestiones! Con cuánta alegría y con cuánta verdad pudo decir que eso era precisamente lo que buscaba, lo que daba sentido a su vida y a su búsqueda. Cómo expresar, sin que sonase pretencioso, que “*muchos son testigos del calor que veían en mis **deseos***” de entrar en la Compañía de Jesús. Cómo compartir que “*vine a cumplir estos deseos a los 15 años de esperarlos*”. Es decir, que tenía deseos de ser jesuita desde la edad de veinte años, pero que no pudo cumplirlos por tener que ocuparse de cargas familiares con su madre viuda y sus hermanas pequeñas: “*rompí con ellas [con sus obligaciones] después de 15 años de **deseos***”. En septiembre de 1567 escribe Alonso de Barzana: “*No hace tres años que estoy en la Compañía, pero hace más de diez y seis que estoy de corazón en ella*”.

Los deseos son el motor de la vida y un elemento clave en la espiritualidad de San Ignacio de Loyola. El mismo Alonso reconoce que es “*la ordinaria batería del corazón*”. El deseo actúa como una brújula para orientar la búsqueda de la voluntad de Dios. Escribe Alonso: “*Como la piedra fuera de su centro viví todos los años que estuve fuera de la Compañía, aunque me hacía nuestro Señor muchas misericordias, y como la piedra fuera de su centro viviré en ella (siendo alias paraíso para mi dulcísimo) hasta verme en ella ocupado entre gentilidad*”. Es decir, junto al intenso deseo de ser jesuita, Alonso percibió una vocación particular para entregarse a la misión de anunciar el Evangelio en tierras lejanas.

Su deseo de servir en las Indias le llevó a escribir, ya desde los tiempos de noviciado, un total de cinco cartas al superior general de los jesuitas, el P. Francisco de Borja. Presentamos algunas expresiones de tres de esas cartas, que plasman con estilo nítido la fuerza del deseo de Alonso, dentro de un género literario propio en la época, llamado el de las “*cartas indipetae*”, escritas por jesuitas europeos que pedían ser enviados como misioneros a las Indias.

La carta del 14 de julio de 1567 comienza reconociendo “*estos **deseos** que tan a menudo solicitan mi alma*” y preguntándose “*si el Señor los inspira, si lo que pretenden es la mayor gloria del que es nuestra gloria y el mayor fruto en las almas*”. En tal caso, como parece ser, se pregunta: “*¿Qué hago, padre de mi alma, en Sevilla predicando en nuestra casa y confesando donde hay tantos que lo puedan hacer? ¿Por qué no me iré tras el sol de justicia que se pasa a hacer nuevo día a la gentilidad?*” Directamente plantea la petición de marchar a América: “*Allí se acabe mi vida. Allí se derrame mi sangre. Allí se empleen los estudios, los deseos*”. Al mismo tiempo, reconoce su limitación para una misión de tal envergadura: “*Un abismo soy de infinitas nada que ando siempre huyendo de ser algo, pero esta nada que soy ofrezco a la mayor gloria de Jesús, al mayor bien de mis próximos, a mi mayor padecer*”. Resuena, ciertamente, el auténtico deseo que se busca suscitar en los novicios jesuitas, unido a la auténtica humildad y la disponibilidad radical para la misión.

Apenas dos meses después, el 25 de septiembre, Alonso escribe de nuevo a San Francisco de Borja. Le recuerda que ya antes le ha enviado tres cartas “*manifestadoras de mis antiguos **deseos** acerca de la*

*conversión de la gentilidad que habrá más de quince años que comenzaron [...] lo que faltare en los renglones súplanto los **deseos***". Siente que su insistencia pueda ser considerada imprudente y es consciente de que está contento en las tareas pastorales encomendadas en Sevilla. Pero, al mismo tiempo, "cuando me acuerdo de tantas almas como se pierden sin haber oído la nueva alegre de Jesucristo, me parece que es perder tiempo enseñar a gente tan enseñada". Siente dentro de sí un fuego que le impulsa a salir a lo desconocido, allá donde intuye que hay mayor necesidad.

Todavía el 22 de noviembre del mismo año sigue resonando una pregunta semejante: "¿Para qué vida tan descansada esperándote tantos trabajos? ¿Para qué pasar la vida tan breve en Sevilla regalado y habiendo tantos lugares tan necesitados en el mundo? Aquí hay centenas de predicadores y confesores y en mil partes se van al infierno millares de almas por no tener uno". Reconoce con realismo y entusiasmo: "Más cruces esperas, pero más gloria de Dios y más fruto de almas", porque, siendo honesto consigo mismo, Alonso "se desea emplear en lo mejor, a trueco de padecer mayor". Para eso entró en la Compañía de Jesús: "A buscar vine la vena purísima de oro de la divina voluntad. Si es que viva en Sevilla y predique en ella aquí estoy, pero si estos deseos son del Señor que me incitan, yo me pongo en las manos de Vuestra Paternidad". Deseos auténticos, ofrecimiento repetido, disponibilidad total, obediencia plena.

Su discípulo, compañero y amigo, el jesuita mestizo Pedro de Añasco, dice que Alonso de Barzana era un apóstol infatigable, que se entrega a niños, adultos y ancianos "con tanta ansia de llevarlos al Señor que parece le revienta el corazón". Mucho antes, en España, su maestro Juan de Ávila –futuro santo y muy amigo de la Compañía– dice sobre Alonso "que vendría este su discípulo a ser el que ejecutaría en las Indias los deseos tan encendidos que tuvo el maestro y sus grandes llamamientos para ir a emplearse en la conversión de aquella inculta gentilidad". Es decir, San Juan de Ávila tenía también deseos ardientes de entregarse en las Indias, pero no los cumpliría personalmente sino a través de su discípulo Alonso de Barzana.

Es muy probable que Alonso conociese, ya en España, una carta que San Francisco Javier había escrito a sus compañeros de Roma, con fecha de 15 de enero de 1544. La carta pone de manifiesto el corazón

abrasado del apóstol y su recuerdo de los años universitarios de París. El texto se difundió mucho y suscitó no pocas vocaciones misioneras: “Muchos cristianos se dejan de hacer en estas partes por no haber personas que en tan pías y santas cosas se ocupen. Muchas veces me vienen pensamientos de ir a los estudios de esas partes, dando voces como hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente a la universidad de París, diciendo en Sorbona a los que tienen más letras que voluntad para disponerse a fructificar con ellas, cuántas almas dejan de ir a la gloria y van al infierno por la negligencia de ellos...”

Algo después, Ignacio de Loyola, como superior general de la Compañía de Jesús, escribe una carta con recomendaciones para el apostolado de los jesuitas (13 de junio de 1551). Allí recuerda que lo primero es tener intención recta, “de modo que busquen no sus intereses, sino los de Jesucristo (cf. Fil 2, 21) y se esfuercen por hacer grandes propósitos y cobrar iguales **deseos** de ser verdaderos y fieles siervos de Dios”. Se ve, por las cartas escritas por Alonso de Barzana, que había interiorizado este criterio y que deseaba vivirlo con radicalidad. Así, cuando el P. General Francisco de Borja ultima los preparativos para la segunda expedición de jesuitas al Perú, en 1569, entre los candidatos incluye “al Padre Barzana, que está en Sevilla, que es muy buen predicador, y ha mucho que desea y me pide una semejante misión”. Y, al poco de llegar a Lima, Alonso de Barzana le pide al Provincial que le envíe a trabajar con las poblaciones indígenas, ya “que su vocación era ésta, éste su **deseo**, su hambre”.

*¿Qué papel juegan los deseos en mi vida? ¿Cómo los aliento y cómo los discierno? ¿Son constantes o variables? ¿A dónde me llevan?*

### ***3. Los bautizos: el apóstol anuncia la Buena Noticia***

Regresar al Cusco, lloviendo, hace volar el recuerdo de Alonso de Barzana al mes de septiembre del año 1572. Exactamente hace 25 años. Era aquella su primera estancia en la ciudad imperial incaica y allí tuvo lugar uno de los hechos más famosos de su biografía: el bautizo de Túpac Amaru, el cuarto inca de Vilcabamba, que recibió el nombre cristiano de Carlos. Las circunstancias fueron dramáticas y no están del todo claras. Si bien el bautismo tuvo lugar poco antes de su ejecución, la relación pastoral de los jesuitas con Túpac Amaru venía de atrás. Alonso de Barzana, por su amplio dominio del quechua, fue el encargado de esta misión. Conviene recordar, por otro lado, que numerosas figuras de la Iglesia –incluyendo a los jesuitas– se opusieron abiertamente a la ejecución. En ese contexto, el vehemente jesuita P. Luis López llegó a decir que el virrey Toledo era “el más aborrecido hombre del mundo” y, por tanto, pide al Superior General que “dé orden que huyamos de estos príncipes del mundo, que de cierto nos destruyen”.

Esta escena nos ha dejado la única representación gráfica de Alonso de Barzana. Se trata del grabado que muestra a nuestro misionero jesuita catequizando a Túpac Amaru. Junto a las dos figuras centrales, aparecen otras dos, componiendo una escena llamativa, interesante y muy ilustrativa. A la izquierda, un ángel coloca sobre la cabeza del emperador inca la corona del martirio. Es un modo claro de indicar que se trata de un cristiano asesinado injustamente: “bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia” (Mt 5, 10). A la derecha, aparece un demonio enfurecido por el hecho de que Túpac Amaru abrace la fe. Es otro modo de expresar que la Buena Noticia del Evangelio se abre paso en medio del mal, de las luchas y de la violencia.

Si bien la catequesis y el bautismo de Túpac Amaru han sido muy conocidos, no fue —ni mucho menos— una acción aislada de Alonso de Barzana. De hecho, él mismo dice en una de sus cartas que se dedica a “catequizar muchos millares de infieles y bautizarlos”. Un cronista de la época indica que Barzana realizó 200.000 bautizos en los veinte años dedicados a las misiones de Argentina y Paraguay. No resulta posible comprobar el número ni saber si se trata de una exageración, pero el hecho es que su acción pastoral fue ingente. Algunos lo han comparado con San Francisco Javier, que había escrito desde Cochín, en 1544: “Es tanta la multitud de los que se convierten a la fe de Cristo en esta tierra por donde ando, que muchas veces me acaece tener cansados los brazos de bautizar”. Otro jesuita, el P. Pedro de Añasco, que fue compañero de Barzana en la misión a los indios del Chaco entre 1590 y 1592, dice: “Nunca acabo de dar gracias a Dios Nuestro Señor y a V. R. por la grande merced que me hizo de enviarme a estas tierras [del Tucumán] y en compañía de mi amantísimo P. Barzana, que puedo decir con mucha verdad que aunque no vi al santísimo P. Francisco Xavier en la India Oriental, vi al P. Alonso de Barzana”.

Este énfasis en los bautismos no debe distraernos de un planteamiento misional mucho más amplio y complejo. En marzo de 1567, Francisco de Borja escribe a Gerónimo Ruiz del Portillo, provincial del Perú, señalando que los jesuitas deben centrarse en la atención pastoral a los ya cristianos “y después atenderán a la conversión de los demás que no son bautizados, procediendo con prudencia y no abrazando más de lo que se puede apretar”. Es decir, que no hay una compulsión bautizadora; de hecho, este fue un rasgo novedoso en el planteamiento pastoral de la Compañía de Jesús en el Perú.

Por ejemplo, la primera Congregación Provincial, celebrada en 1576 con la participación de Barzana, indica cuatro modos complementarios “para obrar la salvación de los indios”: la cura de almas, las misiones itinerantes, las fundaciones en ciudades de españoles y los colegios para hijos de caciques. En 1582, la tercera Congregación Provincial añadió un quinto medio: las “misiones largas a partes remotas, principalmente a infieles”. Distinguía así entre las misiones a infieles y las misiones itinerantes o “volantes”. Por lo tanto, se hacía un



El P. Alonso de Barzana catequiza a Túpac Amaru (1572).

planteamiento complejo y diferenciado para responder a las diversas situaciones existentes en el contexto, y recordando la recomendación del General Borja: “no abrazar más de lo que se puede apretar”, tampoco en esta fase expansiva y de crecimiento.

Alonso de Barzana fue, sin duda, un misionero entre los indígenas en primera evangelización. Pero también contribuyó a los otros campos de acción evangelizadora. Así, ejerció la cura de almas en las doctrinas de Huarochirí y de Juli; participó en diversas

fundaciones en ciudades de españoles, como Arequipa, La Paz, Potosí o Asunción; atendió los colegios para hijos de caciques, en el cercado de Lima y en el Cusco.

Su “estrategia” pastoral por excelencia fue, como no podía ser de otro modo, el amor genuino a su pueblo. Un contemporáneo dice de Alonso de Barzana: “cuando tomaba a esta gente en la boca, su lenguaje era mis señores los indios, como hombre que se había dedicado a ellos por su esclavo”. Resuena una expresión semejante que luego haría suya San Pedro Claver, el esclavo de los esclavos en Cartagena de Indias (Colombia). Hoy hablaríamos también de encarnación, de inculturación, de identificación. El mismo Alonso, resumiendo su vida, dice: “*en una palabra, es que vine con deseo de España de tornarme indio, y he salido con ello [lo he conseguido]*”. Como el apóstol San Pablo, “he tratado de adaptarme lo más posible a todos, para salvar como sea a algunos” (1 Cor 9, 23).

Esta identificación plena con los pueblos indígenas a los que servía queda recogida en un testimonio de su compañero jesuita, Pedro de Añasco. Dice que Barzana iba “haciéndose viejo con el indio viejo, y con la vieja hecho tierra, sentándose por estos suelos para ganarlos para Cristo, y con los caciques e indios particulares, muchachos y niños, con tanta ansia de llevarlos al Señor que parece le revienta el corazón”. Ni los deseos de Alonso eran huecos, ni sus lágrimas falsas: toda su vida habla con contundencia de un compromiso firme al servicio del pueblo.

*¿Cómo contribuyo a que crezca la vida de Iglesia, en cantidad y en calidad? ¿Cuáles son los modos en que yo puedo impulsar la Buena Noticia del evangelio? Si en la primera evangelización se trataba de “bautizar a los convertidos”, en la nueva evangelización que nos corresponde ahora, debemos “convertir a los bautizados”. ¿Cómo lo hago?*



#### **4. Las lenguas: los dones propios, al servicio de la misión**

Cusco tiene un sabor especial para Alonso de Barzana. Allá llegó, por primera vez, en 1571. Aunque ya sabía el quechua, en la ciudad imperial pudo dedicarse con especial intensidad al estudio de la lengua, aprovechándose de que en esa tierra se hablaba el quechua con mayor pureza. El aprendizaje de los idiomas indígenas fue algo que apasionó a Alonso y fue un área en la que brilló con una capacidad extraordinaria. Sin duda, el P. Barzana tuvo un don especial para aprender lenguas diversas, fue algo que disfrutó y a lo que también dedicó esfuerzos importantes. Su primera estadía en Cusco supuso un momento muy relevante en ese proceso de aprendizaje.

En realidad, Alonso había empezado a estudiar el quechua en cuanto supo que iría destinado al Perú. Todavía viviendo en Sevilla (España), en el año 1569, se hizo con la con la gramática del dominico fray Domingo de Santo Tomás –publicada en 1560– y empezó a estudiar por su cuenta. En la larga travesía por barco encontró una persona que le pudo dar algunas clases de quechua, de modo que cuando llegó al puerto del Callao ya había aprendido la parte gramatical de ese idioma. De hecho, poco después de llegar a Lima “*comenzó a predicar a los indios y a confesarles en su lengua*”. Una crónica del mismo año 1569 afirma que Barzana ha procurado “con mucho cuidado y afición de aprender la lengua para mejor poder tratar los indios”. Sin duda, Alonso tuvo una facilidad especial para los idiomas; pero fue también un don que supo cultivar y al que se dedicó con constancia y esfuerzo.

Estando en Cusco compuso varios sermones y textos catequísticos en quechua, que tuvieron mucho uso en la predicación del evangelio a los indios. No mucho después, en 1576, el P. Barzana fue enviado a

fundar la doctrina de Juli, “donde asombró y ganó a aquellos aimaras hablándoles correctamente su lengua desde los primeros días”. En las décadas siguientes fue adentrándose en el territorio de lo que hoy es Bolivia, Argentina y Paraguay. Y en todos esos lugares, los pobladores indígenas “al ver que un sacerdote de la raza de sus conquistadores *les hablaba en su idioma* y les amaba y defendía en cuantos apuros se encontraban, se entregaron sin reservas al evangelio”.

¿Cuántas lenguas indígenas llegó a hablar Alonso de Barzana? No es fácil hacerse una idea, porque las fuentes no siempre concuerdan. Algunos dicen que once, otros que trece (sin contar el español o el latín). El mismo Barzana, el 26 de julio de 1593, escribe desde el Río de la Plata: “*yo he gastado los míos [años] en aprender seis o siete lenguas bárbaras, distintas unas de otras, y en predicar y confesar en todas ellas*”. Más allá de la falsa humildad, puede darse esta explicación. Una cosa es hablar una lengua para poder predicar y conversar; otra cosa es poder elaborar una gramática o un vocabulario sencillo; y una tercera es “saber algo” del idioma. Posiblemente, Alonso hablaba siete lenguas con soltura y fluidez; en otras siete tendría un nivel básico o intermedio, conociendo las estructuras gramaticales básicas y un vocabulario limitado, lo suficiente para entender y hacerse entender. En febrero de 1594, escribiendo desde Asunción al provincial Juan Sebastián, decía Barzana que estudiaba la lengua guaraní cada día, que sabía más preceptos de ella que de ninguna otra, pero que en realidad no acertaría a pronunciarla bien en toda su vida.

En todo caso, la lista más completa es la siguiente, que asciende a catorce idiomas nativos. El **quechua**, siempre considerado “la lengua principal”, difundido en el Perú, Bolivia y el norte argentino; el **aimara**, en el Perú y Bolivia; el **puquina**, muy importante en la zona de Moquegua y del lago Titicaca, pero prácticamente extinta desde el siglo XVIII; el **guaraní** y su variante el chiriguano, que se extendía más allá del actual Paraguay; el **tonocoté**, el **cacana** y el **lule**, hablados en Tucumán y Santiago del Estero; en la zona de Santa Cruz de la Sierra, “pronto el P. Barzana se hacía entender en la [lengua] **gorgotoqui**”; el **abipón**, el **catamarca** y el **natija** (también llamado mogosnana), de los que escribió gramáticas; en la zona del río Bermejo “puso con gran trabajo en preceptos la lengua

de los frontones que es muy ardua y dificultosa”. Además, conocía el *quiropini* y la lengua de los *querandíes*.

De su facilidad para las lenguas testificó el P. Ruiz del Portillo, Provincial del Perú. En 1575, hablando de sus misiones por la zona de Arequipa, dice que Alonso de Barzana “no se contentó con la general [quechua], que ya sabía, pero se dedicó a aprender la lengua aimara, que es la que por aquella provincia corre mucho, y en tres o cuatro meses salió con ella muy bien”. Es uno de los primeros y más evidentes casos en el Perú de lo que se vino a llamar “los padres lenguas”, es decir, misioneros que conocían varios idiomas nativos. Otra crónica afirma de Barzana: “solo diré que estando en Potosí, tierra de Nueva España en Indias, le dio Dios don de lenguas como a los Apóstoles pues o en tres meses aprendió 5 lenguas o en 5 meses aprendió 3, en las cuales hablaba, leía y escribía, y así en estas lenguas predicaba con la facilidad que en la española”.

Su maestría lingüística fue reconocida de diversos modos. En la primera Congregación Provincial jesuita (1576), se decidió la redacción de gramáticas y catecismos en quechua y aimara, y en octubre de ese año se le encomendó a Barzana la tarea de componer las obras citadas, encargo al que respondió estando ya en Juli. También parece claro que Barzana participó, al menos como revisor, en la traducción del catecismo del III Concilio Limense (1582-1583) al quechua y al aimara, junto con Bartolomé de Santiago y Blas Valera.

Alonso de Barzana publicó diversas obras lingüísticas, sobre todo en quechua y aimara. En 1580, escribió un vocabulario, gramática y manual para confesiones en cinco idiomas: puquina, tonocoté, catamarca, guaraní y natija o moquaza. Además, otros dos libros sobre la lengua de los indios abipones y quiranguis; también se le atribuye otro escrito sobre la lengua toba. Finalmente, se ha perdido toda una serie de escritos lingüísticos, sobre todo gramáticas, vocabularios, catecismos y algunos sermones en lengua guaraní, natija, quiropini, abipón, querandí, tonocoté, cacana, puquina y catamarcana. En 1576, el P. Everardo Mercuriano, superior general de la Compañía de Jesús, escribe a Barzana para felicitarle por estos trabajos lingüísticos y añade: “encarecidamente deseo que los Nuestros se apliquen a esto

de aprender la lengua y estudiarla, porque así serán idóneos operarios de la divina gracia en esa gran viña del Señor”.

Otro reconocimiento de sus destrezas lingüísticas fue su nombramiento como profesor de idiomas nativos. Ya en 1573 se había fundado en el colegio de la Compañía de Lima una cátedra de lengua indígena a la que asistían los jesuitas, y que interesó tan vivamente al arzobispo Jerónimo de Loayza, que ordenó a sus curas, aun con censuras eclesiásticas, concurrir ella: el primer maestro fue Alonso de Barzana, durante dos años.

Estando en Potosí, la Audiencia de Charcas lo nombró en 1583 catedrático y examinador diocesano de quechua, aimara y puquina, idiomas que debían aprender los párrocos y misioneros en toda jurisdicción de Charcas (que se extendía desde el altiplano hasta el Río de la Plata). En 1584 y 1585, Barzana actuó como examinador y regentó la cátedra, dotada con 1.000 pesos ensayados. Él mismo refiere las presiones que sufría a la hora de examinar: “*quisieron verme sobornable por plata para que dijera que eran sabios los necios y fueran sus boberías tan a costa de almas sobre mis aprobaciones*”. En febrero de 1586, la Audiencia de Potosí quiso encargarle la cátedra de las lenguas quechua y aimara de Chuquisaca, “por su mucha destreza en todas las lenguas de los naturales, y demás partes de vida y ejemplo”, pero ya estaba Barzana en Tucumán y asumió la cátedra otro jesuita, el P. Esteban de Ochoa.



Puerta del baptisterio. Fórmula trinitaria en cinco idiomas. Parroquia San Pedro Apóstol de Andahuaylillas (Cusco). Siglo XVI

*¿Reconozco y agradezco los dones que Dios me ha dado? ¿Los cuido, los cultivo, los desarrollo? ¿Los pongo al servicio de los demás?*

## 5. Las leguas: *un apóstol itinerante por los caminos de Dios*

Cusco es, por supuesto, el punto de partida de los “cuatro suyos” del camino incaico, el Quapaq Ñan. Volver a entrar en la ciudad, esta vez, por el Collasuyo, evoca en Alonso de Barzana recuerdos de sus muchos caminos recorridos en las últimas décadas, a pie o en mula. También en este punto fue Alonso excepcional, hasta el punto de que alguien le ha podido llamar “el chasqui de Dios”, refiriéndose a los antiguos mensajeros de la época inca, que transmitían las noticias a lo largo y ancho del Tahuantinsuyo.

En las *Constituciones de la Compañía de Jesús* se emplea con frecuencia, sobre todo en la parte VII dedicada a las misiones, un verbo muy interesante que Alonso de Barzana encarnó a la perfección. Se trata del verbo discurrir. Así, el jesuita debe “discurrir por donde juzgaren se seguirá mayor servicio” (n. 603); “discurrir por el mundo” (n. 605); “discurrir por donde juzgare más expediente a gloria de Dios” (n. 633); “discurrir por unas partes y otras” (n. 626). Pero “no solamente procura la Compañía de ayudar a los próximos discurriendo por unas y otras partes, pero aun residiendo en algunos lugares continuamente” (n. 636) ... “procurando no menos sino más edificar con las buenas obras que con las palabras” (n. 637).

No es fácil hacer una estimación de la distancia recorrida por el misionero Alonso de Barzana. En los 28 años que vivió en América, es evidente que al menos recorrió 35.000 kilómetros, y no parece exagerado suponer que superasen los 50.000. Además de las distancias lineales entre los principales núcleos poblados, hay que considerar las numerosas visitas a comunidades y poblaciones dispersas. Por ejemplo, como sabemos, Barzana fue uno de los primeros misioneros jesuitas en la doctrina de Huarochirí, “formada por 77 pueblecillos

o parcialidades, llamados *ayllus*, en más de 20 leguas de distrito, todo él de lo más abrupto de la cordillera andina”. Una crónica de la época explica el modo apostólico en Huarochirí: “Desde aquella casa salían los padres acompañado cada uno de alguno de los hermanos, y habiendo dado una vuelta en quince o veinte días a otros tantos poblezuelos que estaban a su cargo, se volvían a casa porque no se desentablase el orden de la religión, y habiendo estado allí ocho días volvían a hacer otro viaje”.

El propio Alonso expresa su ímpetu evangelizador, deseando llegar a todos los pueblos indígenas del Perú, “*buscándolos continuamente por cuevas, por rocas y precipicios, hasta hacerme pedazos*”. Otra crónica dice de él: “Camino de ocho jornadas largas, hizo a pie en once horas”. Cuando resume su vida, desde Asunción, Barzana indica que se dedica a “andar por esos montes [cerros], y predicar en una lengua o en otra”. La ya citada *Crónica anónima de 1600* señala que Alonso de Barzana “anduvo la mayor parte de los pueblos del Perú, no solamente los principales donde hay españoles e indios, sino los habitados de los indios que son en gran número y de gran multitud de gente; y después de muy cansado en viajes y trabajos, fue últimamente a Tucumán, que es reino muy apartado del Perú”. Para llegar a Tucumán caminó 400 leguas [unos 1.900 kilómetros], “por tierras despobladas y de infieles y de guerra, andando de pueblo en pueblo, a pie y sin abrigo alguno por montañas y punas, frigidísimas, pasando ríos y ciénagas y durmiendo muchos meses sin desnudarse en las chozas de los indios, comiendo de sus comidas”.

Así, junto a la cantidad de kilómetros recorridos, debemos atender a la calidad de los trayectos. La misma *Crónica anónima de 1600* se detiene a ponderar este aspecto: “Aquellos caminos y desigualdad de los temples, porque la mayor parte de ellos es tal que no se puede andar sino a pie, y aún esto con gran peligro y trabajo intolerable, por los muchos lodos, charcos y pantanos y otros pasos de suma dificultad”. Para hacernos una idea, tomamos un ejemplo de los padres jesuitas Juan Saloni y Marcial de Lorenzana, que salieron de Asunción el 3 de noviembre de 1594 y llegaron a su destino el 6 de enero del año siguiente, día de la Epifanía. Es decir, tardaron más de dos meses

en cubrir poco menos de 150 kilómetros. Era en la época húmeda. Salieron de Asunción en canoa y subieron por el río Paraguay durante seis días. Luego, a caballo, recorrieron con dificultad los pantanos del camino, hasta llegar al río Iguatimini, que surcaron hasta Ciudad Real de Guaira, más arriba del salto del mismo nombre, donde descansaron unos diez días. Continuaron río arriba durante tres días, desembocaron en el río Ivai y siguieron durante ocho días hasta llegar a Villarrica del Espíritu Santo.

En la tabla adjunta se puede consultar el itinerario preciso de los viajes de Alonso de Barzana. Aquí nos limitamos a reseñar una síntesis condensada, agrupada en cuatro etapas. Desde su llegada a Lima en 1569, Alonso trabaja sobre todo en el área quechua del Perú, incluyendo Santiago del Cercado, Huarochorí y toda la zona de Cusco. Este periodo dura hasta 1576, cuando es enviado a iniciar la doctrina de Juli, lo cual le introduce en el mundo aimara, donde permanecerá hasta 1583, especialmente en los alrededores del lago Titicaca. La tercera etapa abarca el periodo 1584-1589 y supone el paso a la región andina de Argentina, Salta y Tucumán. A partir de 1590 lo vemos misionando en lo que hoy es Paraguay, primero en la zona del Chaco y después en torno a Asunción, donde permanece hasta 1597.

Por todo ello, un cronista llama a Alonso de Barzana “*anima volatilis*”, espíritu con alas, “porque pies para peregrinar por tantas regiones y en tan breve tiempo no parece los haya la naturaleza”. Por supuesto, las supuestas alas no impedían el cansancio de los pies, como anota un cronista: “De los continuos trabajos que en esta misión padeció y largos caminos que anduvo, tenía todas las piernas llenas de llagas, cuyas señales daban testimonio y bastante indicio de los trabajos que había padecido”.

*¿Qué significa para mí ser una “Iglesia en salida”, tal como pide el papa Francisco? Mi vida cristiana, ¿está viva o resulta mortecina?; ¿es dinámica o sufre parálisis?*

## *Fechas de la vida de Alonso de Barzana*

<i>Fecha</i>	<i>Sucesos y lugares</i>
1530	Nace en Belinchón (Cuenca)
1551-1558	Formación sacerdotal en Baeza (Jaén)
1555	Ordenación presbiteral en Granada
1555-1565	Apóstol, predicador y profesor en Andalucía
1565	Entrada en el noviciado jesuita en Sevilla
19 marzo 1569	Salida de la expedición al Perú
8 noviembre 1569	Llegada al puerto del Callao
1570-73	Trabajo apostólico en Lima, Santiago del Cercado, Huarochirí, Cusco y alrededores
1574-75	Misiones en La Paz, Potosí y lago Titicaca
Enero 1576	Congregación Provincial en Lima
28 junio 1576	Últimos votos como jesuita en Lima
Octubre 1576	Congregación Provincial en Cusco
1577-82	Doctrina de Juli. Colegio de Arequipa. Misiones en Juli y zona del lago Titicaca, La Paz
Diciembre 1582	Congregación Provincial en Lima
1583	Misiones en Potosí
1584-1589	Misiones en Salta, Santiago del Estero, Córdoba de Tucumán y la región de los calchaquíes
1590-96	Misiones por la región de El Chaco, Santiago del Estero, Corrientes y Asunción
31 diciembre 1597	Fallece en Cusco



## 6. *Los espíritus: vida espiritual, entre la ascética y la mística*

Con el paso del tiempo y de los años, Alonso de Barzana ha aprendido a saborear una especial fuente de consolación, contemplando a Dios en sus criaturas como las flores y el agua. No sabemos si el contacto con las poblaciones indígenas, quechuas, aimaras y, sobre todo, guaraníes, le han ayudado a profundizar en una espiritualidad que hoy llamaríamos, como la encíclica *Laudato Si*, de ecología integral. Sin duda, la sabiduría de los pueblos originarios constituye una aportación relevante en este sentido. Es posible, también, que la ancianidad suponga un cambio de ritmo vital y un incremento de la capacidad receptiva, de la visión integral y del carácter contemplativo. Algo parecido experimentó el anciano Ignacio de Loyola, cuando notaba que pequeñas cosas –como una planta, flor, hoja, arbusto o fruto, incluso el más pequeño insecto– podían llevarle a la contemplación y se convertían en una oportunidad para elevar el espíritu a Dios.

Una crónica nos dice de Alonso de Barzana que, a pesar de la dureza del género de vida que llevaba, “con todo eso anduviese tan alegre y risueño que parecía un jeroglífico del regocijo, en lo cual se echaba de ver el gran consuelo de que el Señor llenaba su alma, y la altísima oración que tenía, la cual era de quilates, que andaba siempre en presencia de Dios sin jamás olvidarle”. En una carta de 1588, él mismo cuenta que cada mañana hacía dos horas de oración, después decía misa, predicaba y seguía con las demás rutinas diarias. Sabemos, por diversos testimonios, que no todo fue un “camino de rosas” en la vida de Alonso, sino que sufrió serias batallas interiores, conflictos, tentaciones y agitación de diversos espíritus.

Nos vamos a centrar en dos prácticas de la vida espiritual de Alonso de Barzana, que podríamos considerar como “devociones paradójicas”,

porque ayudan a captar diversas dimensiones de la realidad e integrarlas en una visión unificada.

La primera es la devoción a Cristo atado a la columna, que inició en su época de estudiante en Baeza (España) y que conservó durante toda su vida, todas las noches de los jueves del año. Dice un testigo directo: “Solamente guardó una devoción que yo le vi siendo muchacho, y estando en su servicio (la cual creo que no dejó hasta la muerte) y era todas las noches de los jueves del año acompañar a Nuestro Señor cuando estuvo atado a columna y preso, las cuales gastaba en oración, ya de rodillas, ya en pie, ya algún poco sentado, dando gracias al Señor por tanta merced, rogando a su Majestad por sí y por todo el mundo y almas del purgatorio, y esta era la ocupación de los jueves como tengo dicho”. Lo llamativo aquí es que el apóstol itinerante es devoto de Cristo atado a la columna. El hombre libre se une al Cristo apresado, para así hacerse esclavo de aquellos a quienes consideraba “mis señores los indios”. El afamado “padre lengua” se acerca, en silencio, al Jesús silenciado.

En 1588, Santa Teresa de Jesús publicó su famoso *Libro de la Vida*. Allí menciona, en varios pasajes, el papel fundamental que su experiencia personal con Cristo atado a la columna juega en el proceso de su conversión: “Pues tornando a lo que decía, de pensar a Cristo a la columna, es bueno discurrir un rato, y pensar las penas que allí tuvo, y por qué las tuvo, y quién es el que las tuvo, y el amor con que las pasó [...]. Si pudiere, ocuparle en que mire que le mira, y le acompañe, y pida; humíllese, y regálase con él, y acuérdesese que no merecía estar allí” (Vida 13,22). La santa andariega coincide, también en este punto, con nuestro misionero andariego.

La segunda de estas “devociones “paradójicas” la encontramos en la estampa que hemos escogido como portada de este escrito. El anciano es visitado por el Niño Jesús. Uno de los primeros biógrafos de Alonso de Barzana señala que “fue regaladísimo de la Virgen y el Niño Jesús; y estando dolorido en la cama, el Niño Dios se fue a él de sobre la mesa y se puso en sus brazos, diciéndole con voz sensible: Alonso no te congojes: que contigo estoy; ya me tienes aquí”. Otro testimonio contemporáneo nos dice que el P. Barzana “traía consigo su imagen,

la cual decía había sido su compañera en todas sus peregrinaciones. Tenía un Niño Jesús de bulto con quien pasaba de ordinario muchos contentos y dulces coloquios, llevávale consigo a su alcoba cuando se iba a acostar”.

Estas experiencias de carácter místico suceden en medio de la ingente acción misionera de Alonso de Barzana. Como la mayoría de los cristianos a lo largo de la historia, y también en nuestros días, él no tuvo que

recluirse en un claustro para entablar una relación personal, íntima e intensa con el Señor Jesús. No: este hecho aconteció en lo cotidiano de su existencia, en sus viajes, encuentros, aprendizajes de idiomas, esfuerzos por anunciar el Evangelio, incomprensiones, éxitos, fracasos, batallas... Se trata de una “mística de ojos abiertos”. Una mística que queda entrelazada con la ascética de la fidelidad cotidiana a la vida, con sus dolores y limitaciones.

Un rasgo que permite entender toda la vida de Alonso, en su dimensión mística y en su dimensión ascética, es su genuino y evangélico amor a pobreza. En 1968, la famosa Conferencia de Medellín del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) reflexionó en torno a tres niveles de pobreza. Adelantándose cuatro siglos, Alonso de Barzana los supo vivir. Primero, la pobreza material. Su compañero Pedro de Añasco indica que vivía “con suma pobreza, con profundísima humildad” y da



Niño Jesús Inca

un ejemplo concreto e ilustrativo: “el mayor regalo que el santo viejo aquí tiene es una poca de harina de maíz tostada, la cual echada en agua es su bebida por vino y otros brebajes”. Un segundo aspecto es la pobreza espiritual o infancia espiritual, que queda muy bien expresada en la devoción al Niño Jesús que tenía Alonso y que acabamos de mencionar. Tercero, la pobreza como compromiso cristiano con los pobres y contra la pobreza. Las crónicas nos dicen que los indios, al ver que Alonso “les amaba y *defendía en cuantos apuros se encontraban*, se entregaron sin reservas al evangelio”. Su prioridad fue atender a los indios: “Con el mismo amor hacía sus negocios, *acudía a sus causas*, solicitaba el remedio de estos miserables”.

*¿Cómo es mi vida espiritual y cómo la cultivo? ¿Tengo una verdadera experiencia personal de encuentro con Jesucristo?  
¿Qué supone la pobreza en mi servicio al Evangelio?*

## ***7. Las raíces: el misionero, antes de las misiones***

Cuando Alonso llega al Cusco en 1597, viene enfermo, anciano y agotado. Sin querer, su imaginación vuela a los tiempos en que él dedicó esfuerzos a atender a los enfermos y moribundos en el Hospital del Espíritu Santo, fundado en 1555 para atender a “los naturales”, esto es, a los indios. Allí, el P. Barzana pudo ejercer su ministerio paternal cuidando a los enfermos, particularmente a los más pobres de los indígenas. Recuerda también el periodo que, tras el cierre del colegio de Arequipa, vivió en el Hospital, compartiendo la vida con los residentes, en los primeros meses del año 1579. Más aún, el recuerdo le conduce hasta su padre y a sus recorridos por los caminos de Andalucía.

El padre de Barzana ejerció de médico en varios pueblos y ciudades, por lo que su infancia fue itinerante con estancias más o menos prolongadas en varias poblaciones de las provincias de Jaén y Córdoba: Iznatoraf, Baeza, Montilla y Alcaudete, donde murió el padre. Después de esto, la viuda decidió marchar con sus hijos a Baeza, donde tenían algunos contactos que les ayudarían a vivir. Alonso era el mayor de los hermanos, por lo que adquirió la responsabilidad de mantener a la familia, razón por la cual no pudo entrar en la Compañía hasta que los dejó con algunos ingresos fijos. Algunos sugieren el origen judío de Barzana, y hay datos para proponerlo. Posiblemente haya aquí una primera huella de acercamiento a la pluralidad étnica de la sociedad, que desplegó con tanto cuidado en su labor misionera con los pueblos indígenas de América del Sur.

El nombre suele aparecer como Alonso pero, a veces, también se escribe como Alphonso, Alfonso o Alphonsus. El apellido figura con distintas variantes: Barzana, Barçana, Varçana, Barsana, Barcena, Varcena, Barzena, Barzenas, Barsena, Bárcena, Barcaña. Sin duda,

esto responde a un momento histórico en el que el castellano escrito no tiene una norma fija. Pero este hecho permite también pensar sobre las variantes de pronunciación del apellido Barzana, entre la “z” castellana y la “s” andaluza. También podemos ver aquí una huella incipiente de la tremenda capacidad de Alonso de Barzana para aprender diversos idiomas, de familias lingüísticas muy distintas, y adaptarse a las variadas culturas que conoció.

No está claro dónde nació, pues hay varias referencias, escasas y lejanas, pero ninguna es concluyente. Como lugar de nacimiento se indican distintas localidades: Baeza (Jaén), Belinchón (Cuenca), Cañete de las Torres (Córdoba), Córdoba, Ocaña (Toledo) y Vélez-Málaga. De todas ellas, Belinchón parece ser la hipótesis más probable. Este detalle nos permite imaginar a un hombre más arraigado en la Tierra que en la tierra. Un hombre universal. Un hombre que supo echar raíces en muy diversas tierras. Un hombre que encontró su pueblo en muchos pueblos.

Alonso era el hijo mayor de cinco: otro varón y tres mujeres. Su hermano Julián era también clérigo, había aprendido el oficio de médico de su padre y lo ejerció en Segura de la Sierra. Era una familia de recursos modestos, más aún tras el fallecimiento del padre. De hecho, Alonso se vio obligado a retrasar su entrada en la Compañía de Jesús durante unos quince años, debido a que tenía que atender a su madre y hermanas. Décadas después, la situación económica de su hermana Mariana debía ser bastante precaria, ya que el mismo P. General, en 1589, pide al Provincial que ayude a la hermana de Alonso: “V. R. hará muy bien de acudir al remedio de la hermana del Padre Barzana, porque de más de ser obra de misericordia, es razón hacerlo por aquel Padre, que, como muy buen obrero, se emplea y siempre se ha empleado en el ayuda de los indios con mucha diligencia y mucha religión”. La ayuda continúa hasta 1597. Lo cual da idea, por un lado, de la gravedad de su necesidad y, por otro lado, del gran aprecio que la Compañía de Jesús tenía ya entonces por Alonso de Barzana: no es muy común que el P. General intervenga directamente en estas cuestiones.

Fue discípulo de San Juan de Ávila, que fue gran apóstol de Andalucía, muy amigo de los jesuitas y hoy es patrono del clero español. Alonso

estudió en la ciudad de Baeza, obteniendo sucesivamente los títulos de Bachiller en Artes (1551), Bachiller en Teología (1557) y Maestro en Artes (1558). Por su inclinación a la predicación, estudió con más dedicación las cartas de San Pablo y también cultivó la poesía religiosa. Fue ordenado sacerdote en Granada, en 1555. Durante cuatro años (1559-62) fue profesor en la misma Universidad de Baeza. Un contemporáneo explica que “era consumado teólogo, grave escritor, y que sabía la Sagrada Escritura de memoria, con un conocimiento universal de otras ciencias”. Sin duda, destacó sobre todo por su talento en el púlpito fue famoso en “ambas Andalucías” en los dos años que se dedicó a recorrerlas. Hasta que finalmente pudo entrar en el Noviciado de la Compañía de Jesús, en 1565, se dedicó a la pastoral, pero siempre evitó adquirir compromisos estables que le impidieran la libertad para hacerse jesuita.

En cuanto al carácter y su personalidad, él mismo dice que tiene *razonable ingenio y memoria no pequeña*. Barzana considera que “*mi complexión natural no era mala sino sanguínea*”, es decir, de humor variable. No faltaron los conflictos e incomprensiones en su vida, ni en España ni en América; pero mantuvo una estabilidad y una fidelidad a la misión que se hacen aún más llamativas si sabemos que su estructura psicológica tendía más bien a los altibajos. Un cronista añade que en “lo personal era venerable y respetuoso, el rostro agradable, la voz corpulenta, clara y sonora; las acciones sin afectación, airoosas, y naturales, el estilo propio y fecundo”. Ciertamente, esa voz corpulenta y sonora acompañaron al predicador itinerante por miles de kilómetros.

*¿Reconozco la presencia de Dios en mi vida y en mi biografía?  
¿Cómo se ha ido manifestando a lo largo de los años?*

## 8. Las arrugas: la fecunda ancianidad de un misionero

Cusco es una ciudad milenaria. Pasear por sus calles significa dejarse acariciar por los siglos. Las sólidas piedras del Qoricancha o de la calle Hatun Rumiyoq hablan de las cicatrices de la historia, del mismo modo que las arrugas del rostro de Alonso hablan de los esfuerzos de una vida de entrega hecha carne. Cicatrices en piedra, arrugas en la piel. El anciano P. Barzana se detiene a contemplar la famosa piedra de los doce ángulos. Doce fueron los jesuitas que se embarcaron en el puerto de Sanlúcar de Barrameda el 19 de marzo de 1569, para llegar al Callao el 8 de noviembre de ese mismo año. Doce eran las tribus de Israel, doce los apóstoles del Señor Jesús, doce los frutos del Espíritu Santo. *¿Habrá sido mi vida, un reflejo de ello, con doce repliegues como los de esta piedra?*, se pregunta el viejo Alonso.

Ha cumplido 67 años, pero ya hace cuatro escribieron de él: “si contaremos trabajos por días, pasaba de cien años”. Él mismo, en una carta fechada el 26 de julio de 1593, escribe desde el Río de la Plata que sigue predicando “*aunque no tengo dientes, que seis o siete solos me han quedado arriba, con los cuales todavía me entienden lo que digo*”. Y añade: “*Estoy ya muy viejo y muy cubierto de canas, del todo sin dientes*”. Ese mismo año, su compañero Pedro de Añasco se refiere a él como “el santo viejo” y dice de él que vivía “*haciéndose viejo con el indio viejo, y con la vieja hecho tierra, sentándose por estos suelos para ganarlos para Cristo*”.

El mismo P. General de los jesuitas, Claudio Acquaviva, escribió directamente a Barzana: “*Veo que no con la edad acaba ni con el tiempo se envejece la caridad, sino que tanto más crece cuanto más se siente no poder ejecutar lo que en servicio y gloria del Señor querría hacer*”. Y así parece ser. A la edad de 58 años, escribe Alonso:



“Estoy ya muy viejo y sin dientes y sin ninguna gana de predicar a los españoles”. Pero cinco años después indica: “Yo con mi vejez, el día que menos indios e indias confesaba eran veinte, sin otras confesiones de españoles”.

Todavía en el año 1595 encontramos al P. Barzana en el colegio de Asunción como maestro de gramática. Lo hace con gusto *“pues mi vejez no está tan capaz de misiones, como el alma siempre las desea”*. De hecho, *“si tornara ahora a vivir, que con mayor gusto fuera maestro de mínimos que predicador oído con sumo aplauso”*. Resulta curiosa esta observación y esta dedicación tardía a la enseñanza de los niños, porque a ello se había dedicado ya en Baeza, en los años 1559 y 1560, cuando fue “lector” de la escuela de niños, en la cátedra de gramática de menores.

No solo curiosidad sino incluso un tono de ternura encontramos en el siguiente episodio, que corresponde al encargo recibido en el colegio de Asunción para que prepare una obra teatral. Dice Alonso: *“mandóme el Padre Rector que revolviere poesías viejas, pero ya las musas, al cabo de sesenta y siete años, se han tornado abuelitas viejas con muletas”*. Barzana, que se vive como abuelito viejo con necesidad de muletas para caminar, siente que la inspiración y la creatividad ya no fluyen como en otras épocas. Aquí está la versión del cronista: “Habiendo por otra parte tanta escasez de personal y estando todos tan atareados no hubo más remedio que acudir al que era áncora en todas las dificultades. Pidió el Padre Rector al Padre Barzana, no obstante haber éste abandonado hacía ya muchos años el reino de las musas, que volviera a pedirles inspiración. El buen viejo, que estaba siempre dispuesto a servir en todo, discurrió el argumento y escribió el deseado drama. Los alumnos por él ensayados lo hicieron bien y el público, después de dos horas y media de entretenimiento; aplaudió sin reservas la buena obra del buen misionero”.

A finales de ese mismo año, en diciembre de 1596, Alonso Barzana sufrió una perlesía que le dejó paralizado y casi inconsciente durante seis días enteros. Según el Diccionario de la Real Academia Española, la perlesía es una “debilidad muscular producida por la mucha edad o por otras causas, y acompañada de temblor”. Aparece aquí una nueva paradoja en su vida: un temblor que genera parálisis, un movimiento

excesivo que impide el movimiento. Es quizá una última parábola para una vida itinerante. Una vida marcada por el movimiento externo para anunciar el Evangelio y por los movimientos internos que el Espíritu suscitó en Alonso.

En vista de “los achaques continuos y la falta de salud del buen P. Barzana”, los superiores determinan enviarlo a Lima para “para atenderle y servirle con el esmero que se tiene merecido y para que se procure curarle con todo cuidado”. Son más de 3.700 kilómetros desde Asunción. Hizo el viaje acompañado de tres jóvenes, uno de los cuales entró en la Compañía, y pasó por Concepción de Río Bermejo, donde trabajó hasta finales de la Cuaresma. Llegó a Potosí a principios de agosto, de donde pasó a Juli; de ahí, con no poca dificultad, llegó al Cusco en septiembre. Sus debilitadas fuerzas no le permitieron ya continuar el viaje y falleció en Cusco. Como dice un cronista, “agravado de achaques y de años, murió como santo”. Fue el primer jesuita “que desde aquella Ciudad Real de los Ingas se trasladó al Paraíso”. Todo parece indicar que recibió sepultura en la iglesia de la Compañía de Cusco, que había sido consagrada en 1593, pues la Crónica de 1600 dice que “aquella ciudad tiene por grande gloria suya el gozar de las reliquias de este bienaventurado religioso”. Sin embargo, y debido a las numerosas vicisitudes sufridas a lo largo de los siglos, en estos momentos no es posible localizar su tumba. Quizá sea otra señal de un misionero itinerante que “no sufría estar atado a este o aquel lugar”.

*¿Cómo asumo la debilidad y la enfermedad en mi vida? ¿Son también una oportunidad de crecer en la confianza en el Señor?*

## ***9. Las palabras: predicar y confesar, hablar y escuchar***

Alonso entra silencioso al Cusco. Viene recogido en sí mismo, meditando, saboreando, orando. Le gusta escuchar el sonido calmado de sus pasos sobre la piedra. Se estremece con la lluvia que riega esta tierra fértil, en sus campos y en la ciudad. Se sorprende, de vez en cuando, con el alegre canto del picaflor, que parece expresar la alegría del Evangelio. Se alegra con el murmullo de los pobladores cusqueños, en su bello quechua y su tonalidad particular (¡tantos años sin escucharlo!), que le parece un verdadero rumor de ángeles. Se impresiona, una vez más, con los gritos de los vendedores ambulantes. Se conmueve al evocar tantas conversaciones, tantas confidencias, tantos llantos, tantas alegrías, tantos silencios.

En verdad, Alonso de Barzana ha sido un hombre de palabras, un hombre de la Palabra, un hombre de palabra. Un hombre dedicado a la predicación en diversos idiomas (palabras), un hombre apasionado por Jesucristo y su evangelio (Palabra), un hombre fiel y cumplidor (de palabra). Con su vida supo “hacer cosas con palabras”, tal como dijo un conocido filósofo británico del siglo XX.

De manera particular, ha destacado por “los ministerios de la Palabra”, concretamente por su ejercicio de la predicación y por los esfuerzos dedicados a las diversas lenguas indígenas. Ha hablado mucho. Pero, sin duda, también ha escuchado mucho. Nadie puede aprender un idioma sin escuchar bien (sin tener “buen oído”) y nadie puede predicar con sensatez y llegando a las personas que le escuchan, si antes no ha escuchado con hondura los anhelos de su corazón. Alonso de Barzana supo hacer suya la recomendación de San Ignacio de Loyola, ya a principios de 1546: “sería tardo en hablar, considerado y amoroso, [...], ayudándome en el oír, quieto para sentir y conocer los sentimientos, afectos y voluntades de los que hablan, para mejor responder o callar”.

El P. Barzana fue, sin duda, un insigne predicador. Lo hemos visto ya, en los diversos contextos por donde anduvo, desde los tiempos de Andalucía hasta el territorio guaraní. Su “voz corpulenta, clara y honda” fue una ayuda para ello, aunque no fue esa su principal virtud como predicador. De la cuaresma de 1576, en Huarochirí, tenemos este testimonio de una mujer que escuchaba su predicación: “Antes de ahora, Padre, cuando oía los sermones, nada se me quedaba en el corazón y ahora todo cuanto has dicho lo tengo en el alma”.

Una crónica muestra bien, con el estilo propio de la época, esta dinámica de silencio orante, predicación fervorosa y escucha atenta: tras la oración y la eucaristía, “así caldeado subía al púlpito y predicaba. No eran más sus palabras que centellas, ni otra cosa su boca que un volcán de fuego. Enternecía a los oyentes y rendía a Cristo a millares las almas. De aquí partía derecho al confesionario, donde recogía el fruto de sus sermones, siempre grande” y quedaba allí atendiendo a los penitentes durante varias horas.

Predicar y confesar son dos ministerios relacionados entre sí, como lo están el hablar y el escuchar. San Ignacio recomienda enviar a los misioneros jesuitas de dos en dos, buscando un criterio de complementariedad: “parece iría bien con un Predicador o Lector un otro que cogiese la mies que el tal le preparase, en confesiones y ejercicios espirituales, y le ayudase con el conversar y otros medios que se usan para con los prójimos” (*Constituciones de la Compañía de Jesús*, n. 624). Pero esa misma complementariedad puede y debe darse en cada uno de los misioneros. Y así lo vivió Alonso de Barzana. Una palabra que brota del silencio, una escucha preñada de la Palabra.

Ni la predicación, ni el sacramento de la reconciliación ni la conversación espiritual sin ministerios que se agotan en sí mismos, sino que están todos ellos orientados a reforzar el auténtico seguimiento de Cristo y suscitar una experiencia comunitaria en el seno de la Iglesia. Por ejemplo, sabemos que el P. Barzana predicaba en Cusco tres veces por semana y, con frecuencia, lo hacía en las plazas públicas porque los asistentes no cabían en los pequeños locales disponibles entonces. Fruto de ese trabajo apostólico impulsó, también en el Cusco y junto

con otros compañeros jesuitas, la Congregación del Niño Jesús, que llegó a tener más de 500 cofrades.

Un ejemplo particular de este trabajo de promoción del laicado lo encontramos en la indígena María de Jesús, catequizada inicialmente por Alonso de Barzana en Lima. Una crónica jesuita del año 1600, señala que María de Jesús “se puede llamar con justo título mujer espiritual, porque verdaderamente lo es en todo; su casa es perpetua hospedería de indios pobres forasteros”; además, “cría algunos niños por enseñarles buenas costumbres y dejarles bien habituados”. Mantiene una vida espiritual y sacramental continua, “es mujer de mucha oración y penitencia”. Por todo ello, le tratan “todos los indios hombres y mujeres con gran respeto, con ser india como ellos”. Entonces no se empleaba este término, pero estamos aquí ante un ejemplo nítido de lo que significa suscitar, formar, acompañar y promover “colaboradores en la misión de Dios” o desplegar las consecuencias apostólicas del bautismo.

El especialista en músicos jesuitas Félix Zabala indica que Alonso de Barzana “pronto cayó en la cuenta del maravilloso efecto que producía la música en los indios, y aunque no consta documentalmente, es innegable que se valió de la música para conquistar y atraer a la religión a muchos de ellos”. Este investigador del siglo XX se basa en una carta del 8 de agosto de 1594 en la que Barzana describe la afición a la música de los indios, especialmente de los lules. Otro prestigioso historiador jesuita, Rubén Vargas Ugarte, dice que Barzana escribió la primera obra dramática de Argentina, en 1596. Y sospecha, con fundamento, que el propio Alonso de Barzana mismo pudo ser el autor de la obra representada en Lima, al poco de llegar al país, en 1571. De nuevo le veremos escribiendo y dirigiendo teatro escolar, ya anciano, en Asunción (Paraguay).

*¿Sé escuchar a los demás, con una escucha activa, respetuosa y atenta? ¿Intento hablar de manera constructiva, “diciendo bien” = “bendiciendo” a los demás? ¿Brotó mi palabra del silencio y la escucha?*

## 10. La mirada: “Dios te mira”

Alonso está en cama y empieza a sentir la certidumbre de una muerte próxima. Se le nubla la vista. Y, al mismo tiempo, obtiene una lucidez inmensa que le llena de paz y de alegría. No es la visión beatífica, pero quizá empieza a acercarse a ella. Como tantas veces ha hecho a lo largo de su vida al comenzar cada rato de oración, siguiendo la recomendación de San Ignacio de Loyola, dedica un momento, “alzado el entendimiento arriba”, para “considerar cómo Dios nuestro Señor me mira” (*Ejercicios Espirituales*, n. 75).

Le viene a la memoria un escrito suyo, de hace ya tiempo, en el que exponía y explicaba un poema titulado “Dios te mira” (en latín, *Tu respicit Deus*). Lo hizo en seis idiomas: quechua, *Tius rucusunqui*; aimara, *Tiusa una chuquitama*; chiriguana, *Tupan derecha*; puquina: *Tius apma*; tonocote, *Tius cahas paneh*; y cacán: *Tius costa huma*. Toda su vida fue gritar, de mil maneras distintas y en mil idiomas diferentes, que Dios mira a cada persona con infinita ternura. ¿Cómo decirles a los pobres que Dios les ama y cómo hacerlo de un modo real y creíble? Esa es la pregunta que ha movilizado toda su vida. Una pregunta que permanece unida a una mirada.

Es la mirada de Dios a cada persona. En 1552, San Ignacio de Loyola escribió una instrucción a los jesuitas que se envían a diversas misiones. Allí encontramos esta recomendación: conviene “mirar a las criaturas no como bellas o graciosas, sino como bañadas en la sangre de Cristo e imágenes de Dios, templo del Espíritu santo”. Años más tarde, en mayo de 1556 (dos meses antes de fallecer) vuelve sobre la misma idea, en una carta dirigida al jesuita italiano P. Emerio de Bonis: “procurad considerar este y aquella persona, no como bella o fea, mas como imagen de la Santísima Trinidad, como miembro de Cristo, como bañada con su sangre”.

Es la mirada de Dios a todas las personas. Al inicio de la conocida contemplación de la encarnación, San Ignacio pide considerar “cómo las tres personas divinas miraban toda la planicie o redondez de todo el mundo lleno de hombres [...] en tanta diversidad, así en trajes como en gestos, unos blancos y otros negros, unos en paz y otros en guerra, unos llorando y otros riendo, unos sanos y otros enfermos, unos naciendo y otros muriendo, etc.” (*Ejercicios Espirituales*, n. 102 y 106). Así, la mirada del Dios Trinitario abarca toda la realidad humana. Y se fija con predilección en las personas más olvidadas. Por eso, los obispos latinoamericanos invitan “a contemplar los rostros de quienes sufren. Entre ellos, están las comunidades indígenas y afroamericanas, que, en muchas ocasiones, no son tratadas con dignidad e igualdad de condiciones [...] Los excluidos no son solamente ‘explotados’ sino ‘sobrantes’ y ‘desechables’” (CELAM, *Documento de Aparecida*, n. 65).

Es la mirada de Jesús a su amigo Pedro y a cada uno de sus amigos. Comentando el episodio de Jn 21, 15-19 en su homilía del 22 de mayo de 2015, el papa Francisco nos invita a caer en la cuenta de tres miradas de Jesús sobre Pedro. “La primera, la mirada de la elección, con el entusiasmo de seguir a Jesús; la segunda, la mirada del arrepentimiento en el momento del pecado tan grave de haber renegado a Jesús; la tercera es la mirada de la misión: ‘Pastorea mis ovejas’”. Precisamente sobre esto el Papa propuso un examen de conciencia. “Nosotros también podemos pensar: ¿cuál es hoy la mirada de Jesús sobre mí? ¿Cómo me mira Jesús? ¿Con una llamada? ¿Con un perdón? ¿Con una misión?”. Estamos seguros de que “en el camino que Él ha hecho, todos estamos bajo la mirada de Jesús: Él siempre nos mira con amor, nos pide algo, nos perdona algo y nos da una misión”. Bajo esa mirada vivió siempre Alonso de Barzana y bajo esa mirada cierra ahora los ojos.

*¿Siento cómo Dios me mira? ¿Soy capaz de mirar a todas las personas con la ternura con que Dios los ve?*

## *En sus propias palabras...*

*[Textos de Alonso de Barzana]*

- “Vine con deseo de España de tornarme indio, y he salido con ello”
- “Como la piedra fuera de su centro viví todos los años que estuve fuera de la Compañía [...] y como la piedra fuera de su centro viviré en ella [...] hasta verme en ella ocupado entre gentilidad”.
- Los deseos de seguir al Señor en los más pobres son “la ordinaria batería del corazón”.
- “¿Para qué vida tan descansada esperándote tantos trabajos? ¿Para qué pasar la vida tan breve en Sevilla regalado y habiendo tantos lugares tan necesitados en el mundo?”
- Trabajar con los indígenas: “su vocación era esta, este su deseo, su hambre”.
- Deseo llegar a todos los indios, incluso los más apartados, “buscándolos continuamente por cuevas, por rocas y precipicios, hasta hacerme pedazos”.



## *Dijeron de él...*

*[Textos sobre Alonso de Barzana]*

- “Los indios a quien él amaba tiernamente”
- “Con el mismo amor hacía sus negocios, acudía a sus causas, solicitaba el remedio de estos miserables”.
- Cuando hablaba Alonso, “su lenguaje era ‘mis señores los indios’, como hombre que se había dedicado a ellos por su esclavo”.
- Los indios, “al ver que un sacerdote de la raza de sus conquistadores les hablaba en su idioma y les amaba y defendía en cuantos apuros se encontraban, se entregaron sin reservas al evangelio.”
- Era un misionero itinerante que “no sufría estar atado a este o aquel lugar”.
- Alonso de Barzana era *anima volatilis*, “espíritu con alas, porque pies para peregrinar por tantas regiones y en tan breve tiempo no parece los haya la naturaleza”.
- “Con todo eso anduviese tan alegre y risueño que parecía un jeroglífico del regocijo, en lo cual se echaba de ver el gran consuelo de que el Señor llenaba su alma, y la altísima oración que tenía, la cual era de quilates, que andaba siempre en presencia de Dios sin jamás olvidarle”.
- “Así caldeado subía al púlpito y predicaba. No eran más sus palabras que centellas, ni otra cosa su boca que un volcán de fuego”
- “El santo viejo” vivía “haciéndose viejo con el indio viejo, y con la vieja hecho tierra, sentándose por estos suelos para ganarlos para Cristo [...] con tanta ansia de llevarlos al Señor que parece le revienta el corazón”.

*Para saber más...*  
*[breve bibliografía sobre Alonso de Barzana]*

- Wenceslao Soto Artuñedo SJ: “El deseo de las Indias: las cartas indípetas de Alonso de Barzana SJ (1530–1598)”, *Archivum Historicum Societatis Iesu*, Vol. LXXXV (2016), pp. 405-443.
- Wenceslao Soto Artuñedo, SJ: “Alonso de Barzana, S. I. Apóstol de Andalucía y Sudamérica”, *Archivo Teológico Granadino* 79 (2016), pp. 5-130.
- Francisco Mateos, SJ: “Notas y textos. Una carta inédita de Alonso de Barzana”, *Missionalia Hispanica* VI (1949) 143-155.
- Anónimo, *Historia general de la Compañía de Jesús en la provincia del Perú. Crónica anónima de 1600 que trata del establecimiento y misiones de la Compañía de Jesús en los países de habla española en la América Meridional. Tomo I: Historia General y del Colegio de Lima*, editado por Francisco Mateos, SJ. Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), Madrid 1944.
- Guillermo Furlong, SJ: “Alonso Barzana S.J., apóstol de la América Meridional”, *Estudios* 49 (1933), pp. 450-459; 50 (1934), pp. 57-64, 128-140, 211-222.



Con la aprobación eclesialística de  
Mons. Richard Daniel Alarcón Urrutia  
Arzobispo del Cusco